

DJANGO DESENCADENADO

Django unchained
Quentin Tarantino, 2012

LAS BIENAVENTURANZAS SEGÚN TARANTINO

Los que defienden el cine de Tarantino suelen esgrimir términos como dominio del lenguaje, creatividad expresiva, magnetismo, humorismo, dinamismo... Creo que se equivocan, porque todo eso, puesto en un platillo de la balanza, no compensa la fascinación por la violencia, el regusto por el derramamiento de sangre, que convierten la mayoría de sus películas en exhibiciones de la insania más cruel. Si algo pudiera redimir a Tarantino, sería el acierto de alinearse con el bando adecuado, el de los débiles, y en particular, el de la mujer¹. Lo malo es que su forma de llevar a cabo la reivindicación es siempre atroz.

En esta ocasión, su simpatía está con los negros, colectivo al que ya dotó de una mártir, Jackie Brown, y al que ahora dota de un Santiago matanegreros, al que llama Django. Como todos los esclavos, Django sufre los peores maltratos por parte de los blancos. Pero nada lo aflige tanto como vivir separado de su mujer. Bueno, al menos a este Santiago colérico y violento no lo mueve el fervor religioso, sino todo lo contrario: el amor. Dejad que Django viva en paz con su mujer y será manso. Pero tocadle un pelo a ella y se convertirá en una fiera.

Django lo tiene todo en contra: no puede montar a caballo ni llevar un arma, no puede confiar en la ley porque está infestada de canallas que llevan una placa, y los que no tienen placa se vuelven impunes bajo una capucha blanca... Debe ser la víctima quien escriba su propia ley con plomo y dinamita. Bienaventurados los que sufren hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos. Más impaciente que Jesús, Tarantino permite que Django se harte aquí y ahora.

El personaje del esclavo que se subleva siempre ha caído bien al espectador. Es natural, ¿quién está libre de soportar el peso de alguna bota? El resarcimiento virtual proporciona un placer capaz de sobrevolar razas y etnias, como demuestra el regodeo del público caucásico al ver cómo un esclavo negro revienta las tripas de sus explotadores blancos. En agradecimiento, estos espartacos de butaca perdonan todas las deficiencias de un guion caprichoso, inverosímil e infantil. Incluso lo premian con el Oscar, el Globo de Oro, el Critics Choice Award, el BAFTA... Sí, también el BAFTA. Parece que los británicos de ahora son menos melindrosos que los de hace unas décadas, cuando prohibieron la exhibición en Inglaterra del *Django* de Sergio Corbucci, incómodos con la violencia extrema que reflejaba.

Recordemos que otra constante de Tarantino es la cinefilia, presente en su cine mediante la evocación, homenaje, o lo que sea, del pasado reciente. En esta ocasión, el recuerdo vuela hasta *Django*, una coproducción italo-española de 1966, con Franco Nero como protagonista (en *Django desencadenado* aparece en el papel de un esclavista italiano) y música de Luis Enríquez Bacalov, recuperada por Tarantino para este film.

¹ ¿No es chocante que dos apóstoles de la violencia asesina como Eastwood o Tarantino demuestren más tacto con la mujer que Nora Ephron?